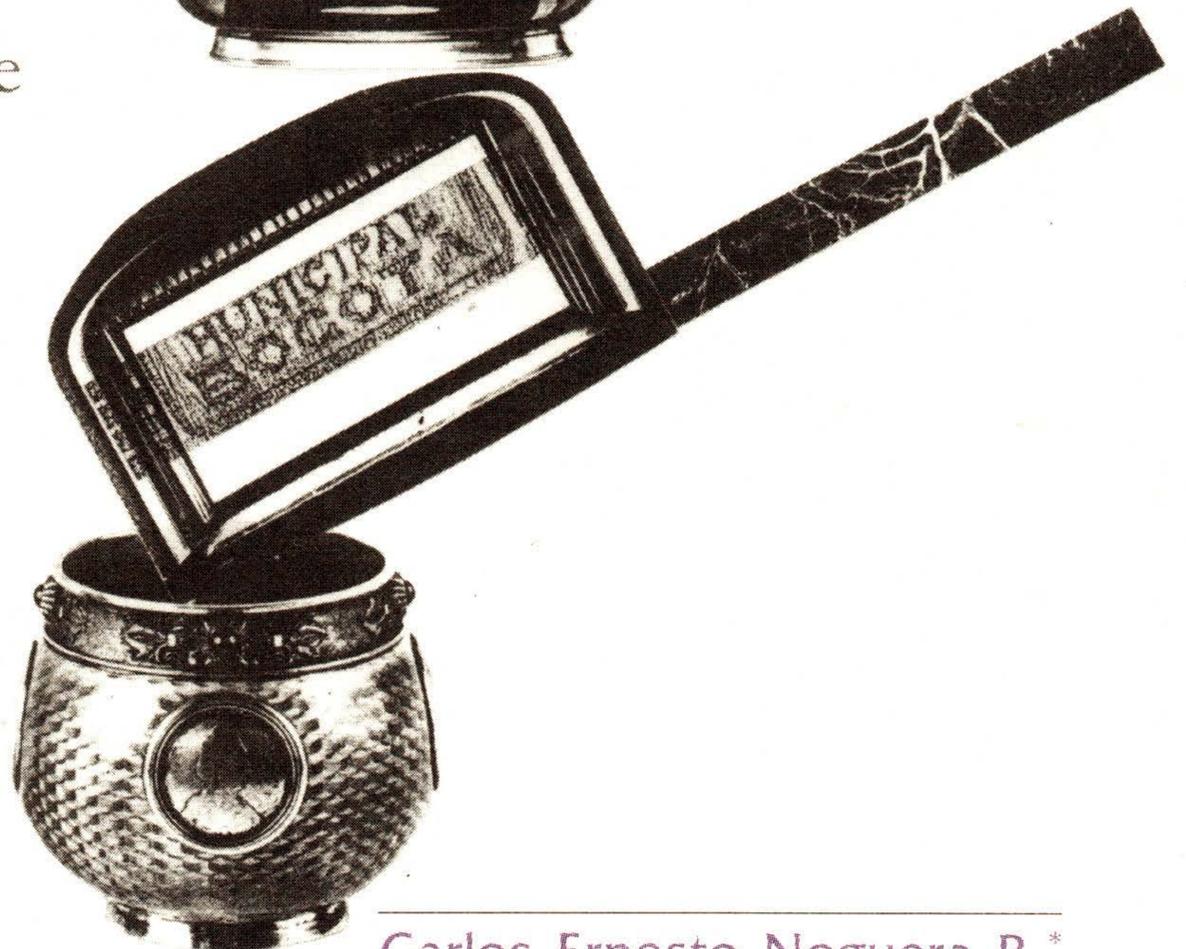


EDU CA CION



democracia:

un problema más allá de
la escuela y el maestro



LA ESCUELA: UN ESCENARIO
RÍGIDO, MONÓTONO Y
AUTORITARIO



Gran parte de las características actuales de la institución educativa colombiana fueron definidas desde la segunda mitad del siglo XVIII. Surgida dentro de la estrategia iluminista de la «reforma de las costumbres», la escuela buscó civilizar la población a través de la construcción de una tupida red de control y vigilancia, visible en la organización escolar a través de los reglamentos, el control del cuerpo, el tiempo y el espacio, y la enseñanza de los saberes fundamentales de la cultura occidental, los preceptos cívicos y los dogmas de la religión católica.

Este propósito civilizador, que alentó la vida escolar desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta las primeras décadas del siglo XX, sufrió una recomposición hacia mediados del presente siglo, cuando los modelos del desarrollo le asignaron un lugar destacado a la educación como encargada de la formación de los «recursos humanos», columna vertebral del proceso de modernización. A partir de ese momento, el discurso de la educación se ligó estrechamente a la esfera económica, abandonando considerablemente su función política y dando inicio a un proceso de tecnologización.

1. Cajiao Restrepo, Francisco. *Poder y justicia en la escuela colombiana*. Bogotá, Fundación FES, 1994, p. 51.

Sin embargo, resulta sorprendente —como analiza Cajiao Restrepo— que hoy, «en el contexto de finales del siglo XX, después de la constitución de sindicatos beligerantes de concepción socialista y extracción popular, después de la profesionalización universitaria de los maestros, en medio de la secularización, las comunicaciones inmediatas y la búsqueda urgente de participación democrática se encuentre una escuela con rasgos idénticos a los de esa sociedad autoritaria con la que se inició el siglo».¹

Estudios producidos durante la última década, como los de Parra Sandoval, y más recientemente, las investigaciones de maestros auspiciadas por la Fundación FES, ratifican la permanencia de esos rasgos al mostrar que la estructura y funcionamiento de la institución educativa colombiana se fundamentan en el autoritarismo, la disciplina (normatización), la violencia —tanto física como simbólica—, el control y la represión. Utilizando herramientas etnográficas, estos estudios se han preocupado por la descripción y develamiento de la estructura y funcionamiento de la institución educativa, ofreciéndonos el panorama actual de la dinámica cotidiana escolar. Desde una relectura del material producido en estas investigaciones realizadas por maestros en varias regiones del país, Cajiao Restrepo caracteriza el ejercicio del poder escolar y la administración de justicia destacando como los rasgos más característicos encontrados en las instituciones educativas los siguientes:



a) La autoridad es la característica fundamental que define al maestro, incluso antes que su papel como socializador del conocimiento. Esta autoridad, en la mayoría de los casos, es incuestionable y no tiene apelación.

b) La disciplina es uno de los pilares del funcionamiento de la institución educativa. Más allá del control social de los estudiantes, la disciplina busca encaminar el comportamiento y desempeño de los estudiantes hacia un criterio de normalidad preestablecido, generando con ello un proceso de homogeneización y normalización.

c) El cuerpo se convierte en el principal objeto de control de la autoridad. El movimiento espontáneo, la circulación libre por la institución, la forma como se comporta el estudiante en el salón o en el patio de recreo, son permanentemente vigilados y sancionados.

d) El tiempo es rígidamente delimitado de tal forma que parece rechazarse la posibilidad de su apropiación por parte de maestros y estudiantes. El control del tiempo es el control de la actividad, de tal manera que no existe el «tiempo libre», pues toda actividad debe estar preestablecida y debe ser utilizada «eficientemente». Además del horario de clases, la institución educativa compartimenta el tiempo a través de la noción de «edad escolar» —a partir

de la cual se define una adecuación e identidad social— y de «curso» o «grado» desde la cual se marca una relación de normalidad, genialidad o atraso.

e) El espacio escolar, al ser controlado y fragmentado rígidamente, restringe las posibilidades de relación con el entorno limitando las oportunidades de exploración de la realidad.

f) En relación con el problema de la justicia y la resolución de conflictos, la institución educativa ha construido un triple sistema de examinación, corrección y micropenalidad en donde el maestro actúa como administrador de justicia que sanciona permanentemente haciendo un uso arbitrario del poder otorgado por la institución. No existen criterios predefinidos y en el ejercicio de la justicia escolar prima la proyección de los gustos personales del adulto, la invasión de la privacidad, la extensión de la sanción escolar a otros espacios sociales, la escasa atención a las situaciones personales de los estudiantes, etc.

g) De esta manera, la institución educativa ha constituido una juridicidad propia que funciona al margen del marco jurídico vigente en el contexto social, utilizando mecanismos que resultan inaceptables en cualquier otra institución laboral o civil.²

Estas características que definen los establecimientos y las prácticas educativas vigentes, se han mantenido por más de dos siglos constituyendo una penosa herencia y una fuerte tradición que es necesario explorar para conocer sus fundamentos y formas de acción. De manera particular, el peso de la herencia se hace notar de modo significativo en tres de los componentes de la vida escolar: la estructura espacio-temporal, el maestro y la pedagogía.

2. *Ibíd.*, p. 204.

ESPACIO Y TIEMPO ESCOLAR: ENTRE LA DISCIPLINA Y EL CONTROL

En más de dos siglos de existencia, la distribución y funcionamiento del espacio y el tiempo escolar no han sufrido transformaciones radicales. Como puede observarse en los primeros planes o reglamentos escolares de la segunda mitad del siglo XVIII, espacio y tiempo constituían un sólido dispositivo de control y vigilancia. La rígida separación entre el salón de clase y el patio de recreo; la detallada y minuciosa distribución del tiempo (para el aprendizaje de los saberes, para el juego, para las lecciones, para el examen, para los actos cívicos o religiosos, etc.), identifican a la escuela de ayer como a la de hoy. Desde hace dos siglos, el horario señala el ritmo de la vida escolar y aún hoy es imposible pensar una institución educativa sin distribución precisa y rígida del tiempo.

Resulta verdaderamente paradójico que sea precisamente la institución educativa, aquella en quien la sociedad ha cifrado sus esperanzas de progreso y transformación, aquella encargada de producir y reproducir la cultura, una de las instituciones más rígidas e impermeables a las transformaciones y al paso del tiempo. Lo cierto es que hoy la vida escolar, su espacialidad y temporalidad, continúan al servicio de una estrategia claramente disciplinaria y de control que ha llegado a ser obsoleta frente a las nuevas exigencias de flexibilidad, rapidez en la asimilación de los cambios, apertura a nuevos conocimientos, tecnologías y escenarios.



EL MAESTRO Y LA AUTORIDAD: ¿ATRAPADO SIN SALIDA?

Al igual que el tiempo y el espacio, la autoridad del maestro juega un papel central en la dinámica escolar constituyéndose en uno de esos elementos que los historiadores categorizan como de larga duración. Como hace dos siglos, la autoridad del maestro es hoy uno de los componentes fundamentales que hacen posible la vida escolar y sin la cual el funcionamiento de la institución educativa se vería en serios problemas.

La autoridad del maestro ha cumplido un* doble papel: a la vez que elemento pedagógico orientador de los procesos de conocimiento en el aula, ha sido ins-

trumento central para el proceso de socialización. En relación con el primer aspecto, la preeminencia otorgada a la autoridad dentro de las relaciones pedagógicas ha dado lugar a una actitud dogmática del maestro frente al conocimiento al punto que aquel ha llegado a considerarse como su poseedor absoluto, y por tanto como el portador de la verdad. Como consecuencia de esta actitud, el estudiante crea una imagen rígida y esquemática del conocimiento, perdiendo así su carácter dinámico, provisional e inacabado y el proceso de acercamiento al saber antes que un proceso creativo



se convierte en una actitud mecánica de adquisición de información poco significativa para el estudiante.

Con respecto al proceso de socialización, la hegemonía del

principio de autoridad consolida una imagen autoritaria del maestro (y por tanto del adulto) en donde el temor, la sumisión o la insubordinación encubierta o en ocasiones explícita y directa, son las reacciones más frecuentes de los estudiantes.

Las actuales condiciones de producción y difusión del conocimiento (sistemas de manejo y procesamiento de información, medios de comunicación, etc.) y el resquebrajamiento de la autoridad como fundamento de los nuevos procesos de socialización (en donde la familia y la escuela comienzan a ceder el lugar central a nuevos espacios y agentes como el grupo de pares), han venido exigiendo una redefinición de la forma tradicional asumida por la relación pedagógica y en general por las relaciones entre docentes y estudiantes en el ámbito escolar.

LA PEDAGOGÍA: ¿CONSEJOS PRÁCTICOS PARA ENSEÑAR Y APRENDER?

A lo largo de su historia, el saber pedagógico ha estado circunscrito dentro de los límites estrechos de los métodos y procedimientos de enseñanza y aprendizaje. Como lo han señalado las investigacio-

nes históricas sobre la pedagogía en nuestro país, los primeros esbozos de un saber pedagógico aparecen en los manuales de enseñanza a finales del siglo XVIII. Aunque con la aparición de las escuelas normales a mediados del siglo XIX la pedagogía continuó circunscrita dentro de los métodos de enseñanza, logró para sí un espacio institucional propio. El advenimiento del siglo XX no transformó sustancialmente el carácter instrumental de la pedagogía. Ligada, durante las primeras décadas, a la preocupación por el mejoramiento de la raza, la pedagogía se confundió con la puericultura, con la higiene y con una especie de psicología aplicada.

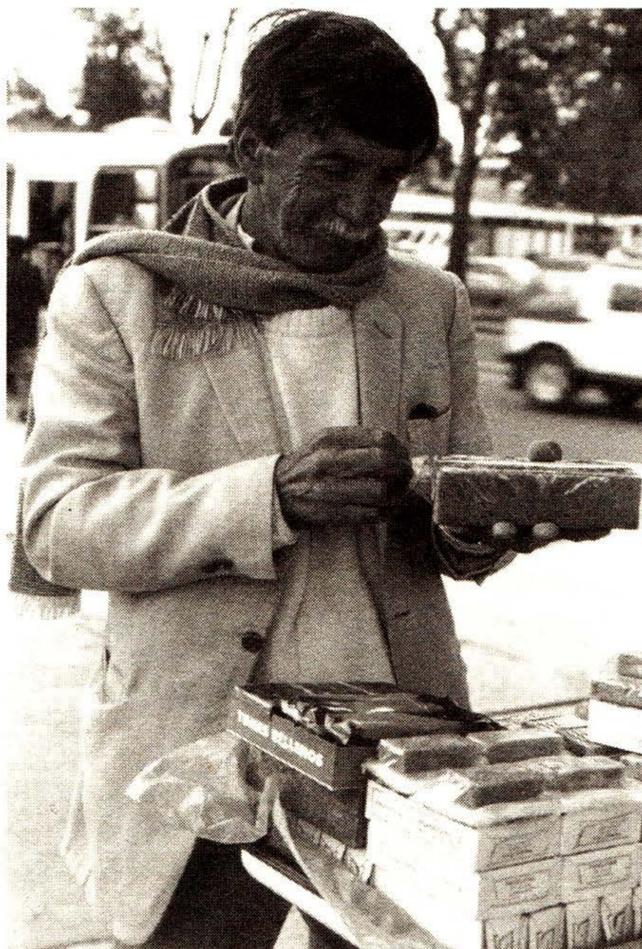
A mediados de este siglo, las exigencias del desarrollo económico trajeron consigo la necesidad de apropiar herramientas tecnológicas para poner a tono los procesos pedagógicos con las demandas de la modernización. La planificación de la enseñanza, la tecnología instruccional y educativa, alimentadas por las investigaciones del análisis experimental de la conducta, dieron forma a uno de los más recientes paradigmas pedagógicos. Por su énfasis en el rendimiento y la eficacia, este paradigma sumió a la pedagogía en criterios tecnicistas, consolidando aún más su carácter operativo. Este carácter difuso e instrumental de la pedagogía ha hecho del docente un profesional de segundo orden, dependiente de otros intelectuales, a la vez que ha acentuado su papel disciplinario y autoritario dentro de la institución educativa, particularmente al interior de la relación pedagógica.

A pesar de los debates y oposición frente a estos intentos de tecnologización y racionalización de la educación y la enseñanza, hoy en día la pedagogía continúa siendo considerada un saber instrumental y operativo y el saber del maestro, al igual que desde hace dos siglos, sigue circunscrito a los textos o manuales de enseñanza.

ESCUELA Y MAESTRO VS. NUEVOS ESCENARIOS Y SUJETOS PEDAGÓGICOS

En las actuales circunstancias cuando asistimos a un acelerado proceso de semiotización de la vida cotidiana, la pedagogía, como discurso mediacional sobre los diferentes saberes, está llamada a ocupar un lugar destacado. Las exigencias que las modificaciones en las formas de producción y circulación del saber al igual que la complejidad simbólica de la vida moderna plantean a la pedagogía, sólo serán resueltas en la medida en que se intensifique y consolide la investigación y experimentación en el área.

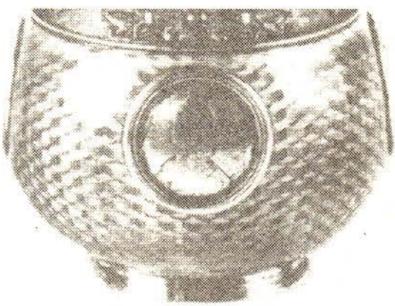
La complejidad simbólica de la vida moderna exige hoy un debilitamiento de las fronteras escolares, una permeabilidad de la institución educativa frente a las complejas manifestaciones culturales de nuestro tiempo. La pedagogía no puede seguir regida por



una perspectiva operativa e instrumental. Como discurso mediacional sobre los diferentes saberes, como dispositivo de producción, reproducción y transformación de la cultura, deberá reformular su estatuto durante los próximos años. Para ello es necesario promover la creación de institutos interdisciplinarios de investigación y formación en educación, pedagogía y cultura que reemplacen las obsoletas facultades de educación y escuelas normales.

LOS NUEVOS ESPACIOS PEDAGÓGICOS Y DE SOCIALIZACIÓN

La familia y la escuela han dejado de ser los espacios fundamentales de socialización de la infancia y la juventud. Durante las últimas décadas, el grupo de pares y los medios de comunicación han logrado ocupar un lugar destacado en la definición de comportamientos, actitudes y valores en niños y jóvenes. Este hecho impone a las reflexiones educativas actuales el replanteamiento de los marcos de referencia tradicionales fundamentados en la autoridad y otros valores asociados a aquella como el respeto incondicional, la docilidad, la obediencia, la sumisión —todos ellos pertenecientes al legado cultural heredado de nuestras anteriores generaciones— en la perspectiva de responder de manera más acertada a las condiciones y necesidades de la juventud actual.



Los escenarios en los que actúan cotidianamente los jóvenes, así como aquellos que constituyen sus puntos de referencia fundamentales, ponen de presente la vigencia de un conjunto de criterios dentro de

los cuales sobresalen la emulación de modelos impuestos por los medios de comunicación, la solidaridad de grupo, la búsqueda de identidad, la complicidad y un sentimiento exacerbado de diferenciación y competencia.

Este hecho ha llevado a una transformación de los valores tradicionales, sustentados en la moral cristiana, hacia nuevos en donde la permanente incitación al consumo material y simbólico es la regla fundamental. Dentro de esta transformación, los medios de comunicación han cumplido un papel preponderante al punto de constituirse hoy en uno de los espacios sociales más influyentes en la definición de comportamientos, actitudes y valores entre los jóvenes.

De otro lado, los grupos de pares, siguiendo en parte los modelos impuestos por los medios, pero sirviendo a su vez de mediadores de significados, han transformado el énfasis en la autoridad por la emulación, solidaridad y complicidad. Igualmente han contribuido a generar un sentimiento de pertenencia, de identidad a la vez que de diferencia. Esta búsqueda de identidad por diferenciación aunque en muchas ocasiones fomenta sentimientos y actitudes de intolerancia y violencia, ha llevado también al desarrollo de la creatividad y la originalidad.

Las actividades delictivas, ya sean orientadas por propósitos económicos o simplemente por una necesidad de ruptura del orden establecido, las actividades deportivas, musicales y recreativas, desarrolladas a partir de pandillas, bandas de rock, rap, clubes deportivos o grupos espontáneos sin ninguna estructura ni finalidad organizativa explícita, constituyen los espacios en donde nuestros jóvenes asimilan, reconstruyen y generan cultura. A su vez, la calle, la discoteca, el teatro, la cafetería, el parque, el centro comercial, etc. —por oposición a la casa y la escuela— son los nuevos escenarios en donde se cumplen estos importantes procesos.

En este sentido, así como en la relación pedagógica el concepto de autoridad debe ser abandonado por una concepción más amplia de las relaciones maestro-estudiante, en el trato con niños y jóvenes, la parte adulta de la sociedad debe encontrar nuevas formas de establecer vínculos, nuevas reglas de convivencia generacional. Si bien el conflicto entre las clases sociales ha orientado en gran medida nuestra concepción política, hoy es necesario plantearnos una revaloración política del conflicto generacional, pues como veremos más adelante, es éste uno de los problemas cruciales que nos plantea una sociedad que ha llegado a equiparar juventud y malestar social.

LA JUVENTUD EN LA MIRA

Si el siglo XX fue el siglo del niño, podríamos decir que el siglo XXI será el siglo de la juventud. Desde hace algunos años hemos venido escuchando un rumor de voces que desde distintos ángulos vienen planteando su preocupación por los jóvenes y adolescentes. De la misma manera, acciones oficiales y privadas, programas sociales, agendas educativas de instituciones internacionales, políticas estatales y hasta viceministerios han venido interviniendo sobre este importante sector de la sociedad.

Paralelamente a este conjunto de discursos y prácticas, una forma particular de representarnos la juventud ha venido ganando terreno en el imaginario social: las imágenes construidas en torno a los jóvenes de los barrios periféricos de las grandes ciudades, nos muestran un país que sospecha de las actitudes, sentimientos y capacidades de sus jóvenes, una sociedad en donde la juventud es vista como delincuencia potencial y como sinónimo de descomposición social.

Por otro lado, los nuevos procesos económicos que vive la sociedad contemporánea han generado un interés inusitado por los jóvenes identificándolos como una masa significativa de consumidores y por tanto gran parte de las estrategias comerciales se dirigen hoy hacia la captura de ese mercado. De esta



forma, paralelamente a la venta de una amplísima gama de objetos materiales para el consumo, ha venido consolidándose la industria igualmente lucrativa de la venta de imágenes, símbolos y valores.

El consumo simbólico, característica de las sociedades contemporáneas, ha encontrado en la juventud un espacio *sui generis* para ampliar su mercado, y en los medios de comunicación sus mejores aliados. Así, mientras para un sector considerable de la sociedad la juventud representa una amenaza latente, para otro significa una posibilidad sin igual de aumentar ganancias expresadas no sólo en términos económicos sino además ideológicos.

Frente a estos hechos es necesario replantear la concepción de juventud, y con ello, la mirada perversa hacia las actitudes de los jóvenes de hoy. Pero antes que una caracterización o esquematización psicologista, es necesario un análisis en una perspectiva más social y cultural. La juventud no es sólo una etapa psicológica sino un hecho social, cultural e histórico de amplias potencialidades creativas y transformadoras. (Recordemos cómo el movimiento juvenil de los 60 planteó la posibilidad de generar diversos estilos de vida, nuevas prácticas, a la vez que incidió en la creación de nuevas formas de pensar cuyos ecos llegaron incluso a tocar las reflexiones filosóficas del momento).



LOS NUEVOS SUJETOS PEDAGÓGICOS

La importancia que ha tenido el maestro en nuestra cultura ha estado definida por los alcances sociales de la escuela,

escenario privilegiado del ejercicio docente. Hoy la escuela ha perdido su papel protagónico en los procesos de producción y reproducción cultural, y por tanto la función y rol del maestro se ha visto limitada y cada vez más distante de los procesos y la dinámica de producción de saber sobre la educación y la pedagogía. Estos hechos, a la vez que ratifican la condición de subordinación intelectual del maestro, condición histórica que lo ha acompañado desde su aparición en nuestro territorio, ponen de presente la aparición de una multiplicidad de nuevos sujetos que cumplen funciones pedagógicas de gran importancia social.

Por estas razones, es necesario dejar un poco al lado la preocupación por el maestro y la escuela y enfatizar la mirada en los nuevos sujetos (educadores comunitarios, grupos de acción social, locutores, periodistas, actores, personajes cinematográficos, cantantes, artistas, etc.) y escenarios pedagógicos (medios de comunicación, parques, ciclovías, calles, centros comerciales, en fin, la ciudad). En una sociedad

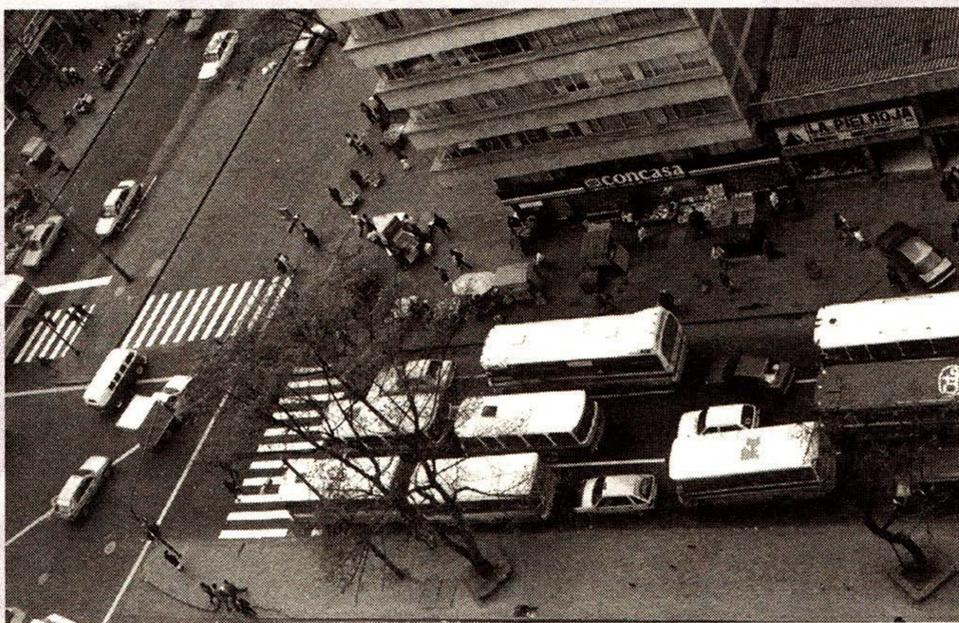
en donde la comunicación y el manejo de la información es cada vez más importante, la democracia adquiere un nuevo sentido y las apuestas por la democratización social tienen que pasar necesariamente por la discusión sobre el problema de la distribución del conocimiento y el manejo, procesamiento y acumulación de información. De otro lado, la complejidad simbólica de la vida contemporánea impone a los sujetos el desarrollo de nuevas competencias frente a las cuales la escuela y el maestro permanecen ajenos.

La vida cotidiana ha venido sufriendo un proceso de «pedagogización» y por tanto de control simbólico, de ahí que pensar hoy el problema de la democracia pasa por la construcción de discursos y prácticas de resistencia frente a la imposición de códigos hegemónicos y a favor de la diversidad de interpretaciones y el uso de la oferta simbólica y cultural. Y ésta, desde luego, es una lucha que va más allá de las fronteras de la escuela y del alcance del maestro.

LO IMPORTANTE ESTÁ FUERA DE LA ESCUELA

Los últimos años han venido mostrando la ausencia de facultades de educación y escuelas normales en las discusiones sobre el papel y funcionamiento de los medios de comunicación, de la proliferación simbólica, del conocimiento y de la sistematización, distribución y circulación de información en los procesos de producción y reproducción de la cultura. Aquellas, desde hace varias décadas, han permanecido al margen de la intensa producción que en el campo han venido haciendo sociólogos, antropólogos y especialistas en comunicación social e informática. La profesionalización y titulación han

mantenido ocupadas a las facultades de educación y todo parece indicar que la demanda de programas de formación permanente y postgrado dirigirá la oferta «académica» de estas instituciones.



Este panorama parece indicar que durante los próximos años la escuela y las instituciones formadoras de docentes quedarán cada vez más rezagadas frente a las exigencias de los nuevos escenarios y sujetos educativos de tal suerte que su importancia social continuará en descenso. Las facultades de educación y escuelas normales aventajan, sin duda, a otras instituciones en el control del mercado de títulos de los tradicionales agentes pedagógicos, pero su acumulado teórico e investigativo ha sido tan pobre durante las últimas décadas que no se ve cómo puedan llegar al nivel alcanzado por otras instituciones académicas (departamentos, facultades e institutos de ciencias sociales) en relación con la comprensión del nuevo papel del conocimiento y los alcances de los fenómenos de comunicación masiva, informatización y semiotización de la vida cotidiana en la cultura contemporánea.

De otra parte, el esquematismo, la rutinización y la inercia de la tradición, ha impedido que la escuela se adapte a las nuevas exigencias, permitiendo que las nuevas ofertas educativas y culturales, más flexibles, ágiles y sugestivas, convoquen (es decir, generen y satisfagan) a sus tradicionales usuarios. Es

cierto que aún la institución educativa es requerida, pero su papel es cada vez más restringido. Definitivamente, lo importante, lo interesante está por fuera de la escuela; el énfasis reciente en el papel educador de la ciudad como escenario fundamental de las sociedades contemporáneas, no es sólo un descubrimiento o el reconocimiento de un acontecimiento, es además, y sobre todo, el efecto de la multiplicación de los dispositivos culturales y pedagógicos en un mundo en donde el conocimiento y el intercambio simbólico exigen nuevas formas de control y ejercicio del poder: y es precisamente en torno de este punto donde es urgente pensar hoy las relaciones entre educación y democracia.